
Autor: Guillermo Fernández Lorenzo.

El Padre Pin, un allerano del Sagrado Corazón

“¡Bum. . . Tam. Bum. . . Tam...! Es la ancestral llamada de los tambores de la selva. Siguen resonando siempre, por muchos siglos que pasen, insistentes, monótonos, y hasta destrozando los nervios, muchas de las veces. Cuando el resto de los ruidos de la selva se te han esfumado en la mente, el tam... bum de los tambores persiste, como si fuese un tatuaje. Los tambores de las tribus no pueden olvidarse. Dentro del drama sin fin de las miserias tribales, imprimen, los tambores, la música misteriosa”.

Después de leer a Laurence G. Green, lo he comprobado personalmente.

Mi vida ha sido muy sencilla. Vida vivida en la selva, lejos de la civilización occidental, en contacto con el hombre al natural, tal como es, y puedo afirmar que soy feliz porque el ser portador del mensaje de amor y caridad cristiana, es ser portador de la felicidad”.

José Díaz Díaz



¡Qué frases tan hermosas! ¡Qué sencillez de expresión!

De las personas sencillas se ha de escribir sencillamente, aunque sus hechos hayan sido grandiosos, como los que ha dejado, en su dilatada vida misional, el Padre Pin.

Y puesto que se trata de escribir sencillamente -de otra forma no sabría hacerlo; aún no estoy preparado-, allá voy con unas letras sobre el Padre Pin:

Cuando daba yo mis primeros pasos en la corresponsalía informativa en el diario REGIÓN de Oviedo, por los años 1970, me habían asignado el trabajo de recoger todas aquellas noticias importantes que se produjesen, no solamente en mi concejo de Aller (Asturias), sino también en la zona comprendida desde La

Raya del puerto de Braña, hasta Puebla de Lillo, en la provincia de León, para alcanzar y publicar también las noticias que pudiera proporcionar la estación de esquí del puerto de San Isidro.

Pues bien; el director de REGIÓN, Ricardo Vázquez-Prada, entre otras advertencias -más bien eran consejos-, me dijo:

“El espacio en un periódico, es muy valioso, y además, para poder ofrecer al público en ese poco espacio, grandes e importantes noticias, es necesario ser claro y conciso. Te voy a decir, así mismo, algo que he leído a Robert Ho¹: El lector, por su parte, está, o debes pensar que está muy ocupado, y por ende, necesita informarse a la primera. A primera vista, sin tener que ahogarse en un farrago de nimiedades. Así que nuestro deber es ser breves y, dentro de esa brevedad, grandes informadores”.

Hete aquí que, desde aquellos consejos, mi lema fue redactar las noticias, antes que nada, con exactitud y sencillez completas, y sin exceso de palabrería. A los pocos días me recibió, sin ningún preámbulo protocolario, el Padre Pin, en su casa de Santa Ana. Me regaló una entrevista, respondiendo a las preguntas que ya le llevaba preparadas, con mucha amabilidad.

Una vez preparado todo y enviado a la redacción del periódico, pensé que no se publicaría, porque me había extendido un poco. Es que me resultó, en verdad, difícil eliminar párrafos, frases, palabras e incluso comas, de todo lo que me había dicho el Padre Pin. Todo me pareció muy interesante, y para Oviedo se fueron aquellas cuartillas mecanografiadas y mal pergeñadas.

Mi satisfacción fue inmensa al verlo publicado en su totalidad. No faltaba ni una coma ¡Una página completa me habían dado en la redacción! ¡Mi entrevista al Padre Pin, a cinco columnas!²

Allí en Santa Ana, lugar del concejo de Aller, parroquia de San Martín de Soto donde, por el año 1500, Andrés Boretta fundara un hospital de peregrinos que hacían por Aller las rutas secundarias de Santiago, el Padre Pin, sentado a su mesa de despacho, se pasaba su tiempo de asueto enfrascado en la lectura de su breviario escrito en inglés.

He visto sus ojos empaparse de cierto júbilo cuando, en aquella ocasión, en su magnetofón, me reprodujo la última misa que había oficiado en Makao, entre los indígenas de Nueva Guinea. Misa que él mismo tradujo del castellano al papúa que se hablaba en la localidad donde evangelizaba.

1. Robert Ho, por los años 1960-70 era director de los periódicos *Jung Sheung Daily News* y *Kung Sheung Evening News*, de Hong Kong.

2. Ver en la hemeroteca, la página 17 del diario REGIÓN, de Oviedo, correspondiente al miércoles, 11 de junio de 1975.

2 y 3/ Padre Pin en Papúa Nueva Guinea
4 / Padre Pin en Soto. Aller



-Hace alrededor de 100 años que la iglesia católica llegó a esta isla descubierta por españoles. Al principio, lógicamente, se contaba con una gran oposición, tanto por parte de los nativos, como por los representantes de otros credos, que podrían llamarse colonizadores. A mí particularmente, hace 23 años que estoy en la isla y a pesar de ese tiempo transcurrido, se me hace difícil, puesto que aún existe una influencia sin límites de los hechiceros sobre las diversas tribus.

-Estos son los que aplicaban la ley y se tomaban la justicia por su mano, sin ningún escrúpulo. Ahora esas costumbres salvajes ya casi han desaparecido, aunque continúa habiendo hechiceros y tribus en las que, en los tiempos actuales, celebran sus danzas y ritos para ahuyentar a los malos espíritus, a quienes ellos consideran la causa de sus enfermedades o de las malas cosechas.

-La superstición y la fe en los espíritus está tan arraigada en aquellos nativos, que la civilización aún no ha conseguido eliminarlos por completo. Hasta incluso hay tribus en el interior, en las montañas, que viven en estado primitivo. Todavía no ha comenzado su Historia. Hay gentes en esas montañas que aún practican el canibalismo. Es un fuerte contraste en esa isla que se convirtió en colonia británica en 1840 por el tratado de Waitangi, entre la corona británica y los jefes maoríes y que pronto, en breve, comenzará a regirse por sí misma.

-Los nativos continúan teniendo verdadero pánico y respeto a los espíritus. De ahí que todas sus ceremonias se reduzcan a diversos tipos de danzas; bien sea para ahuyentar al mal espíritu del cuerpo de un enfermo, o para celebrar un nacimiento. Son danzas con una música monótona, que alejará a los malos espíritus de sus campos y dejarán paso a una buena cosecha. La danza les divierte, y a la vez, según les explican los hechiceros, están colaborando para devolver la salud a cualquier cuerpo enfermo. Hay muchos hechiceros, y de ahí que, cuando la danza ordenada por uno de ellos para un determinado caso, no tiene el desenlace y resultados apetecidos, siempre existe la consoladora salida de no haber acertado con el hechicero adecuado.

Terminaba el Padre Pin, en aquel año de 1975, explicándonos el significado de un hermoso amuleto

que guardaba celosamente, construido con dos grandes colmillos de unos 10 centímetros de longitud, que formaban casi una circunferencia, adornada y rematada con ricas cuentas engarzadas con admirable finura.

-Es un collar con su medallón, que me han impuesto ahora, con mi visita a España, como un “hasta luego”.

Cuando al Padre Pin le nombraron “Asturiano del Año”, en 1978, las razones por las que se le había nombrado, nos las daba la redacción del diario La Nueva España, de Oviedo, el estos términos:

El P. Pin viene a ser “Asturiano del Año”, por una insignificancia; sobre todo, porque esa insignificancia está multiplicada por n, como diría un científico. Ha hecho realidad esa insignificancia del grano evangélico de mostaza, en su misión entre los mekeos, los indígenas de Papúa Nueva Guinea. Cuando llegó había unas chozas. Hoy su misión tiene un hospital, una escuela de Magisterio, una escuela de enfermeras y otros centros institucionales. Él formó a mekeos, algunos de los cuales han sido ministros y altos dignatarios del nuevo estado independiente.

En el año 1973 ya los nativos habían nombrado al P. Pin, jefe de una de sus tribus. Él mismo, en una carta enviada como agradecimiento a su “Asturiano del Año”, decía sobre ello:

“-En concepto de jefe de tribu, he de asistir a todas su reuniones donde hablan de los problemas de los pueblos.

Me hicieron jefe de la tribu más grande de Mekeo. Me impusieron el gran collar de dientes de perro, que llevaba monseñor Vangeke, primer sacerdote y obispo papú... Hicieron una gran fiesta con asistencia de dos ministros, el premier del gobierno autónomo, mi obispo, muchos sacerdotes y unas 5.000 personas.

En 1997 es nombrado miembro honorífico del Imperio Británico, por su extraordinario servicio a la comunidad y a la Iglesia de Papúa y Nueva Guinea. Esta condecoración viene concedida por la reina Isabel de Inglaterra. El representante inglés Julius Chan, fue el encargado de la comunicación de esta feliz noticia al Padre Pin. Recibió el mensaje postal en la residencia que ocupaba en Valladolid, de la Orden misionera del Sagrado Corazón.



Los máximos responsables británicos adjuntaron a ese anuncio del galardón, unas entrañables letras de agradecimiento:

“Somos conscientes del afecto que ha mostrado a los pueblos de Papúa y Nueva Guinea. La gente de nuestra generación, que tuvo la fortuna de ayudar a crear una nación, es muy afortunada. No olvidamos la contribución de personas como usted, venidas de otras naciones, a la formación de estos pueblos”.

El 22 de septiembre de 1997, veintidós años después de aquella entrevista en Santa Ana, volví a encontrarme con el Padre Pin, esta vez en Collanzo, y con motivo de la segunda reunión que realizaban los sacerdotes alleranos. En 1996 habían decidido reunirse todos los años en su concejo allerano los que estuviesen dispersos por España y también los misioneros que estuviesen cerca de Aller en las fechas de la reunión. Ya comenzaron en la parroquia de San Juan el Bautista, en Bóo, el 5 de diciembre de 1996. Cada año sería en una parroquia distinta de las 18 de que consta el concejo de Aller, y el año de 1997 correspondió a Collanzo-San Juan de Riomiera.

Allí estuve -no por ser sacerdote, que mi cera no sirve para esos cirios, es más debilucha-, departiendo muy gratamente con el Padre Pin, que aprovechó la misa para pedir a las gentes de Collanzo, caridad para aquellas gentes de Nueva Guinea. De nuevo me ha vuelto a cautivar la entereza de esa persona, de este misionero corazonista:

-“Nos conducimos como si el dinero, el lujo y la comodidad fuesen las principales metas y satisfacciones de la vida, y debemos de darnos cuenta de que todo cuanto necesitamos para ser felices es esa pequeña cosa, insignificante, pero que despierte nuestro entusiasmo”.

Ahora el cuerpo del Padre Pin ya está, desde el día 5 de enero de 2016, en el cementerio de su natal Soto, en Aller. Y finalizamos diciendo que hay dos cosas importantes en las vidas sencillas de estas personas: sus aventuras y desventuras por esos mundos de Dios llenos de intrigas y peligros, y sus resultados, que son más importantes que cualquier vida. Sus hospitales, sus escuelas, su cariño, su entrega y el hacer de unos seres silvícolas, sencillamente, personas. Convertirlos en personas y recubrir después esa persona de una dorada capa de moral y educación. Eso es oro.